

PALABRAS DE CLAUSURA

*Luis Triviño
Rector de la
Universidad Nacional de Cuyo*

De conformidad con una perspectiva gnoseológico-existencial, la percepción que cada persona tiene del mundo exterior se tiñe inevitablemente de su subjetividad, con todo lo que ésta tiene de singular, idiosincrásica e individual. Por otra parte, si aceptamos las propuestas habituales en ciencias humanas, la singularidad de cada hombre está dada por su respectiva inserción en el mundo; coordenadas espacio-temporales en los planos biogeográfico y sociocultural: apretada red de condicionamientos y determinismos en cuya trama cada hombre hace su esfuerzo de supervivencia, de realización y de desarrollo. Provisto de una serie de atributos que, ya sea por diferencia de grado o de naturaleza, distingue al hombre del resto de los animales, trata de trascender su subjetividad en un esfuerzo sostenido por alcanzar, en lo cognoscitivo, el mayor grado de objetividad posible, y en lo volitivo, el mayor margen posible de libertad personal. Pero las realidades que lo sitúan y lo condicionan no desaparecen. Recordando a Frankl, el hombre puede ser libre *frente* a los determinismos, pero no es libre *de* los determinismos.

Las reflexiones anteriores son parte del enfoque que aquí postularemos, pero sobre todo se vinculan al interrogante que me surgió cuando fui invitado a clausurar este Congreso; y quizás justifiquen la respuesta. ¿Qué puede decir ante una magna asamblea de relevantes escritores argentinos y extranjeros alguien que no es literato; alguien que por vocación académica

mica está dedicado a la antropología, por vocación social actúa en política, y por exigencia de ambas vocaciones cada tanto escribe algo? Decidí que no podía renunciar a estas circunstancias; por lo tanto, lo que pueda reflexionar hoy ante ustedes sobre literatura consistirá inevitablemente en un abordaje antropológico y un abordaje político. Satisfaga o no el resultado, no podría hacerlo de otra manera.

La antropología social, como el resto de las ciencias sociales, observa la literatura y las demás artes como una de las creaciones humanas, esto es, como parte del complejo y dialéctico tejido sociocultural, cuyos elementos constitutivos -economía y tecnología; estructuras organizativas, valores, conocimientos e ideas- interactúan entre sí, experimentan influencias mutuas, en fin, se condicionan unos a otros. Claro está que el enfoque antropológico social es sólo eso, un enfoque, y en absoluto pretende agotar, ni mucho menos, las posibilidades de estudio de la realidad humana en general o de algún fenómeno o sector de esta realidad. No desconoce la necesidad y la legitimidad epistemológica de otros enfoques o abordajes posibles, como el de la valoración estética, los estudios estilísticos, la comparación entre escuelas, corrientes o etapas, y otros que centren su atención en la respectiva axiología. En el marco de estos enfoques surgen naturalmente las propuestas y los debates sobre los ideales que orientan la búsqueda de la perfección estética, en nuestro caso, literaria. En este plano se postulan los paradigmas valorativos que cada uno adopta para su creación, o para la crítica. Es el plano donde aparece con mayor énfasis la libertad del artista y también, paradójicamente, es el plano donde se puede dogmatizar, cuando lo que se postulan son valores o ideales absolutos y excluyentes.

El enfoque antropológico o sociológico se ubica en un plano, si se prefiere, más humilde. Observa al artista y a su obra en su contexto real, sometido a todos los condicionamientos, exigencias, presiones y limitaciones que emergen de esa realidad concreta. Quien adopta este enfoque relativiza y contextúa la búsqueda de ideales, pues percibe a éstos, no en su pureza prístina de metas a alcanzar, sino en su convivencia -generalmente polémica- con el resto de las duras y turbias realidades.

No ignoro, por cierto, que algunas corrientes de pensamiento han llevado este enfoque a simplificaciones que lindan con su propia caricatura. Tal, por ejemplo, la pretensión de que la obra de arte *no es nada más que* resultado mecánico de la realidad social o, más aún, efecto de sólo un sector de esa realidad, por ejemplo, el económico. No comparto esas interpretaciones unilaterales y mecanicistas. Sostengo simplemente que el proceso creativo y sus resultados se dan en seres humanos concretos, que viven en situaciones concretas (grado de pobreza o riqueza familiar o personal, temperamento heredado, nivel y tipo de instrucción lograda, experiencias familiares gozadas o sufridas, etc.), en una estructura social concreta (feudal, capitalista o socialista; urbana o campesina; fabril o portuaria; rígida o flexible; etc.), y en un proceso o momento histórico también concreto (pacífico o convulsionado; estabilizado o cambiante, etc.).

Y como el artista o literato no actúa sólo con su mente orientada hacia el ideal que quieren alcanzar, sino que en el proceso creativo se ponen en funcionamiento todos los elementos de su subjetividad, de alguna forma se van incorporando a su obra no sólo los rasgos manifiestos y no manifiestos de su psicología (compulsiones, impulsos instintivos, gustos, sentimientos, etc.), sino también los rasgos del entorno en el que está y del que se nutre. Por cierto que esta "filtración" de la realidad social en la obra de arte se produce a través de un camino complicadamente dialéctico, en el que se mezclan rechazos frontales de esa realidad con aceptaciones parciales de diferente intensidad, atajos subconcientes, bloqueos, etc. En tal sentido, como lo ha señalado reiteradamente Sábato, no es válida la antinomia entre literatura "social" y literatura "pura". Toda literatura, como toda obra de arte, como toda obra humana, es social porque lo es el hombre.

En cuanto a la política, ya se la considere como arte o como ciencia, suele moverse entre tres polos de atracción: el poder, el bien común y la libertad, en mutua interacción dialéctica a través de la historia. En su realidad más cruda, en toda su dureza pura y transparente tal como pudo verla, por ejemplo, Maquiavelo, la política se centra, y hasta casi se define, en el fenómeno del poder: su obtención, su uso, su mantenimiento, su consolidación y su crecimiento, a la

descarnada luz de lo que hoy llamaríamos la eficiencia -y nada más que la eficiencia-.

Pero aún para el florentino, la realidad política total no se agota en el poder. Siempre existió, con vigencia más o menos relevante, el planteo del "para qué", esto es, el dilema entre el poder por el poder mismo -con sus desplazamientos hacia la dictadura o la tiranía-, o el poder para el logro del beneficio común. Y también existió siempre el planteo de los límites del poder, esto es, del reconocimiento de la libertad personal como parte integrante de la valorativa política socialmente aceptada y jurídicamente protegida.

Porque la realidad histórica nos indica que si bien el abuso del poder no sólo existió a través de todas las etapas de la humanidad, sino que frecuentemente fue y es reclamado por los mismos pueblos sometidos, también es cierto que de una u otra forma, muchas veces tortuosamente y otras veces por procedimientos contradictorios, rara vez de manera nítida y transparente, se corporizan en movimientos sociales y en estructuras gubernamentales la exigencia profundamente humana de ajustar el uso del poder a los objetivos del bien común y a la vigencia real de las libertades. Es verdad que muchas veces un movimiento social que busca ampliar los márgenes de libertad, deriva en la instalación de una dictadura; otras veces las proclamas de bien común sólo esconden ambiciones de más poder; en fin, no son pocas las ocasiones en que en nombre de los intereses populares se consolida alguna modalidad de despotismo. También es cierto -y más terrible aún- que algunos atributos del ser humano en principio inherentes a su libertad y a su dignidad (tales como la palabra y el pensamiento), hayan sido reiteradamente puestos al servicio de gobiernos opresores. Porque si una picana eléctrica, por ejemplo, es puesta al servicio de la tortura, nadie duda que es espantoso; pero al menos es coherente. Pero ¿cuál sería el adjetivo adecuado para cuando son las obras del espíritu las que se instrumentalizan al servicio de la opresión?

Señores:

Así como desde el enfoque antropológico veíamos al escritor en tensión dialéctica entre los ideales que busca

(esfuerzo que es expresión de su libertad interior) y las realidades que lo condicionan y limitan así también desde el enfoque político vemos al escritor —en tanto que ciudadano, pero son su bagaje específico de intelectual— en tensión dialéctica entre los requerimientos del poder y el llamado del bien común y de la libertad como valor cívico. En ambos casos aparece inevitablemente el problema central del hombre, su libertad: en el primero predomina el tema de la libertad interior, la capacidad de decisión o de opción; en el segundo predomina la preocupación por las libertades de convivencia, las posibilidades de la acción; la fijación de límites al poder.

En síntesis y como conclusión.

¿Qué puede sugerir un antropólogo a un escritor, en materia de libertad? Que sin renunciar en absoluto a la búsqueda de la perfección literaria a la que aspira, tome conciencia de las realidades sociales donde está inserto. La limitada, frágil y con frecuencia pobre libertad interior del hombre, se ve beneficiada y fortalecida cuando se adquiere conciencia de los condicionamientos que nos limitan y nos atan. Si, como recordábamos al principio, podemos llegar a ser libres frente a los determinismos pero no ser libres de ellos, lo aconsejable es conocerlos lo mejor posible.

¿Qué puede sugerir un político a un escritor, en materia de libertad? Que la ejerza, la defienda y coadyuve a consolidarla, cada uno desde su respectiva ubicación social y a partir de sus propias ideas, mientras las libertades tengan vigencia y sean respetadas en nuestra sociedad. Es el patrimonio nacional más valioso, por ser el patrimonio del espíritu.

Y si volvieran días aciagos en que, tras una ruptura de la convivencia democrática y del orden constitucional, se desconozcan otra vez las libertades y los derechos; cuando con desorientación, angustia y dolor, el pueblo oprimido pregunte "¿dónde está la libertad?"; cuando con prepotencia, cinismo y desprecio haga la misma pregunta el dictador de turno, que cada escritor pueda responder con entereza "¡Yo soy una libertad!".